



NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

## REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA		PRECIO DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios. . . . .	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre. . . . .	Ptas. 2,50	Ordinario. . . . .	Ptas. 0,25
25 id. extraordinarios. . . . .	» 5	Provincias: trimestre. . . . .	» 3	Extraordinario. . . . .	» 0,50

La Correspondencia al Administrador, calle del Arenal, 27, Madrid.

### Alternativa de Bonarillo.

Ya tenemos otro matador de alternativa. Eramos pocos y... vino precipitadamente Francisco Bonal, á quien el mundo novillero conocía por Bonard, porque así se lo habían dicho las carteles, y por Bonarillo, porque así se le conocía en los combates taurinos; y nada, *la tomó* en corrida extraordinaria, anticipándose á José Rodríguez (Pepete) y á Antonio Reverte, á quienes de pronto, según parece, les han entrado pujos para graduarse en el arte á que tanta afición dicen que muestran.

Bonarillo, que es un chico valiente, que no desconoce el arte á que se dedica, y que ha demostrado muy buenas aptitudes para el toreo, ha debido tener más calma y esperar un año más; y lo mismo debían hacer si juicio tuvieran, Pepete y Reverte, particularmente este último, puesto que en todo caso las contratas no las trae la antigüedad, sino el lugar que el favor del público concede á los diestros al juzgar su trabajo: ¿no conocen esos chicos á muchos matadores de alternativa, á quienes nadie llama para corridas de empeño? ¿y no saben de otros muy modernos que se llevan la palma en todas partes?

Para esta solemnidad había preparado la Empresa seis toros de Benjuméa, que cumplieron, y no muy bien por cierto. Fueron desiguales, de regular trapío, de medianas armaduras y de poca codicia: alguno, como el primero, salió quedándose; á otros hubo que buscarlos mucho y casi acosarlos para que entraran á varas, y más de dos mostraron tendencias á la huida. Pasaron sin que les tostaran la piel, y no fué poco, porque aquellos hombres que salieron á la Plaza vestidos como si fueran picadores, entregaron sin compasión los caballos que montaban, travesándose como de costumbre, pinchando de mala manera y soltando la garrocha antes de tiempo, es decir, antes de caer al suelo en revuelto montón con la cabalgadura y con el toro. Una vara buena del Chato y otra del Albañil, debieron su bondad á la casualidad ó á una equivocación.

Pues no crean nuestros lectores que los banderilleros valieron mucho más, que si no es por un par del Regaterín, otro de Tomás Mazzantini, que bregó también con acierto, y otro de Mazzantinito, que estorbó con el capote en muchas ocasiones, nos quedamos sin saber cómo es la suerte que practicaban con tan buen éxito los Regateros y los Jordanes.

Al ocuparnos del trabajo de los espadas, emparezaremos por Bonarillo, toda vez que en esta corrida

y por efecto de su alternativa, ha sido el que ha actuado en primer lugar. Ha querido ocupar el puesto de matador de cartel, y por mal suero que en él sea, así hemos de juzgarle, no como novillero aventado: en este concepto hemos aplaudido y alentado para que con su afición y valor fuere progresando hasta llegar al sitio en que se encuentra. Hoy ya es otra cosa. Si quiere consolidar su reputación, ha de tener más aplomo, más calma y prescindir de eso que ha dado en llamarse adorno, y no es más que un resabio de mal gimnasta. El novillero que tan bien capeó en la última función que dió con Reverte en esta Plaza no hace un mes todavía; lanceó en ésta con unas cuantas verónicas de pacotilla, en que no pudo aplaudirse otra cosa que el buen deseo. Hizo buenos quites, de compromiso y con ánimo sereno, pero atolondrado, y en la muerte sólo en el primer toro nos gustó, y eso que fué en el que recogió menos palmas. Ya hemos dicho que era aquel animalito *quedado*, ó sea reservón y procurando coger; y á pesar de eso el chico estuvo con él valiente, le pasó bien, empapando y castigando, y en la última estocada—porque ya le había pinchado otras tres veces—le consintió y se dejó caer con arte y de verdad, asegurándole. En su segundo, entró bien á matar; pero en los pases, trajo tal movimiento de pies, que no se dió punto de reposo hasta meter el brazo, y otro tanto aunque en mayor escala, le sucedió con el último, de cuyas cornadas se libró por su agilidad y nada más; y aquí tiene probado lo que antes hemos dicho; si á este toro le hubiese dado pases de castigo y parando, como al primero, hubiera sacado de él gran partido. ¿A qué conducen los floreos y los adornos, y los brincos y los *barridos*, mas que á quitar su nobleza á las reses, enseñándolas lo que no deben aprender?

Mazzantini, malo, muy malo en su primer toro, al que pasó, mejor dicho, del que se dejó pasar desafortunadamente, y metiendo el brazo; sólo lo hizo bien y por derecho, al dar el primer pinchazo, que los otros cinco los dió huyendo, de largo, sin la preparación conveniente de la res y sin aplomo ni serenidad. Tampoco nos gustó en el último, por su poca fijeza en el trasteo, aunque dió un soberbio y legítimo volapie. Pero donde rayó á tanta altura como los grandes maestros que ya fueron, donde será muy difícil volver á verlo, fué en el tercer toro de la tarde, segundo suyo. Comprendió el hombre la deficiencia de su trabajo en el anterior; conoció que el de que hablamos tenía excelentes condiciones de bravura y de nobleza, y las aprovechó oportunísimamente. Le trasteó de cerca, parando como nunca, con elegancia y buen gusto, con pases altos, cambiados, dos de éstos por bajo, que no fueron *barriendo* por la cortedad de la muleta y su elevada estatura, y cuando el toro se cuadró, el matador, perfilándose, como nadie más que él lo hace, argui-

do y juntos talón con talón, y previo el oportuno cite con el brazo, dió un magnífico pinchazo en lo alto de las agujas *recibiendo tan á ley*, como Pedro Romero, José Redondo y Manuel Domínguez. Bien dice un entendido colega, «que á no haber cogido hueso, en el siglo próximo se estaría hablando todavía de la faena hecha por D. Luis con este toro».

Y esa faena la ejecutó solo, completamente solo, y al dar al bicho después otro volapie neto, los aplausos duraron y continuaron por mucho tiempo, á pesar de haber resultado bajo. Tal fué la precisión, el arte con que lidió á aquel bicho.

Si Mazzantini lee LA LIDIA, habrá observado que desde hace mucho tiempo, venimos aconsejándole que *reciba toros*: que nadie puede hacerlo como él, entre todos los espadas que pisan el ruedo; y que si llega á posesionarse de esa famosa suerte, no necesita más para hacer fortuna en todos sentidos. Hoy repetimos lo mismo en vista de su magnífico ensayo. ¿Nos oirá?

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

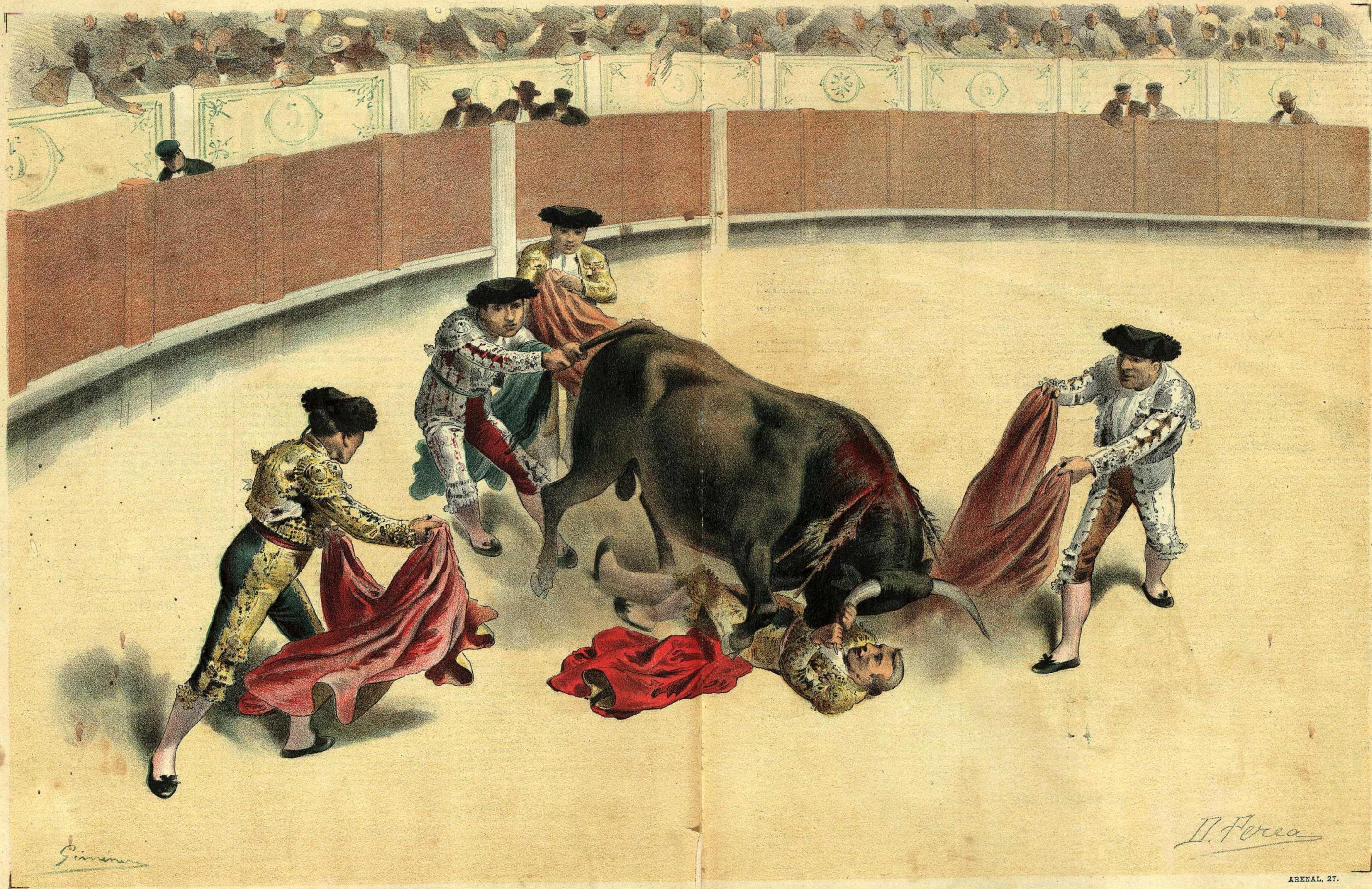
### NUESTRO DIBUJO

#### COGIDA DE LAGARTIJO EN VALENCIA

Constantes en nuestro propósito de registrar en la colección artística de este periódico los más interesantes episodios de la fiesta nacional, ofrecemos hoy el que representa la cogida del antiguo espada cordobés Rafael Molina (Lagartijo) en la Plaza de Valencia durante las corridas de feria allí verificadas últimamente.

Tanto se habló de dicha cogida, tal resonancia tuvo por la prensa en aquellos momentos, y tan abundantes detalles de la misma se expusieron á la curiosidad, que omitiríamos volver sobre ella si no lo requiriese, como complemento, el grabado del presente número. Desarrollóse el suceso en la segunda de las corridas y primera de las en que tomaba parte el diestro de referencia, el 25 de Julio del presente año; lidió base ganado de la pertenencia del Duque de Veragua, y rompió plaza *Regatero*; colorado, de muchas libras y abierto de cuernos, que tomó, con voluntad, ocho varas, propinó tres caídas y mató un caballo. Lagartijo, á quien correspondía la muerte de este toro, le trasteó con elegancia y lucimiento, entrando á herir tan en corto y por derecho, que tomando hueso, cayó de espaldas al encontronazo. El bicho dirigió dos veces el hachazo sobre el cuerpo del espada, pero éste pudo librarlos asiéndose á uno de los cuernos, y dando tiempo á que la cuadrilla acudiese en su auxilio, sujetando Juan á la fiera colgándose á la cola, y Ostión y Antolín con el capote, hasta que el maestro estuvo en pie y libre de peligro. Después de esto, Lagartijo continuó la brega animoso y decidido, deshaciéndose de *Regatero* con otro pinchazo y dos medias estocadas, y siguiendo, en el desempeño de su cometido, hasta la terminación del espectáculo. Todo el mundo recuerda la lesión que sacó el diestro y el carácter que quiso imprimirsele, contra lo que en sí era.

Pero si en este concepto, la cogida no tuvo, por fortuna, resultados más lamentables—que bien pudo haberlos te-



nido—disminuyendo, por consiguiente, en importancia, la revistió, y grande, bajo otro punto de vista, que al límite á que han llegado las cosas, no debemos dejar de consignar. A partir de aquel momento, una enemistad velada entre los dos Rafaeles de Córdoba, *maestro y discípulo*, se manifiesta palmariamente indudable, alentada por amigos ociosos y perjudiciales y sostenida por públicos impresionables é inconscientes. Si; Molina y Guerra, por motivos particulares que no hemos de averiguar, pues ciertas investigaciones son siempre repugnantes han llevado sus diferencias á la arena del Circo, y en ella pretenden sostener una competencia tan peligrosa como intempestiva, puesto que ni ha de redundar en su beneficio, ni en el del público tampoco.

Dejándose éste llevar ó guiar más por el artificio que por la verdad, ha adoptado, desde que llegó á sus oídos el rumor de tales diferencias, una actitud á todas luces inconveniente, tanto en lo que se refiere al sistema de elevar hasta la epopeya los actos ya juzgados de un artista que tiene hecha y cimentada su reputación, sin apelar á extremos, á los que el cansancio de una dilatada y gloriosa carrera no puede responder, cuanto en lo que atañe al propósito de amenazar aptitudes y merecimientos que recientemente ha apreciado y recompensado, y que, dígame lo que se quiera, hoy por hoy están vinculados únicamente en la personalidad, á la que convierte en injustificable blanco de sus iras.

Quizás la cogida sin consecuencias que reseñamos del torero de más prestigio y más respetable de nuestros días, y la otra cogida, también sin consecuencias, en la misma Plaza, del torero de más condiciones y alegría del nuevo contingente, se deban á esa situación anómala creada por la obcecación y apasionamiento de los que no pueden llamarse en justicia aficionados á toros; y calcúlese nuestro disgusto si, por efecto de lo que acabamos de exponer, tuviéramos necesidad de dar cuenta en estas columnas de alguna cornada sufrida por Lagartijo, al cometer, al cabo de sus años, cualquier imprudencia á instigación de sus partidarios, ó de alguna cornada experimentada por Guerrita al pretender reconquistar la opinión que tan hostil le es ahora, cuanto há poco favorable.

M. DEL TODO Y HERRERO.

## DESDE BILBAO (1)



El buen nombre que en años anteriores lograron adquirir las corridas con que anualmente la pintoresca é industriosa villa de Bilbao celebra sus tradicionales fiestas del mes de Agosto; la persuasión que tenían todos los aficionados á toros de que los comisionados por la Empresa del Circo de Vista Alegre habían traído este año el mejor ganado que pastaba en las dehesas de Sevilla y Colmenar, y el ser nuestra Plaza donde por primera, y quizá por última vez, torearán los dos Rafaeles, después de lo ocurrido en la de Valencia, atrajo grandísimo número de forasteros procedentes de Santander, Rioja, Vitoria y San Sebastián, ansiosos de presenciar la pelea de los Miuras, Veraguas, Ibarra y Muruve, y la faena que ante ellos ejecutarán Lagartijo y Guerrita.

Una hora antes de dar principio la corrida del domingo, ó sea la primera de las cuatro que se habían de celebrar, una inmensa muchedumbre se dirigía á la Plaza formando el más abigarrado y poético conjunto que se puede imaginar.

A las cuatro, hora fijada para que empezara la fiesta, el interior del Circo de Vista Alegre ofrecía un aspecto animadísimo, fascinador. Las mujeres más hermosas de Bilbao, graciosamente inclinadas sobre la barandilla del engalanado palco, exhibían sus encantos mientras la popular masa llenaba gradas y tendidos. Mas ahora caigo en la cuenta del poco espacio de que puedo disponer en esta Revista, y voy á reducir los moldes de mi trabajo, concretándome á hacer un resumen de cada corrida, para que aquel no resulte muy extenso y á la vez pesado.

### Primer día.

Lidiáronse el primer día seis toros de doña Dolores Monje, viuda de Muruve, negros y bien criados, si se exceptúa el que salió en segundo lugar, que era de pocas carnes y mala facha.

En el primer tercio de la lidia se mostraron voluntarios, y 1.º, 5.º y 6.º de poder.

En una caída que tuvo Juan el de los Gallos en el primer toro, se rompió la clavícula derecha, y hubo de ser conducido á la enfermería. Este picador no volvió á tomar parte en las corridas restantes.

De los picadores sobresalieron Pegote y Beao.

Lagartijo y Guerrita muy trabajadores y oportunos. Los banderilleros nada hicieron de notable.

Lagartijo, en su primero y segundo toro, hizo una buena faena, pasando en corto y con inteligencia, y tirándose á matar á ley.

En su tercero, que lo encontró hecho un buey, se mostró muy desconfiado, pasando mal, pero teniendo la suerte de agarrar una estocada superior, después de haberse arrojado al de Muruve media delantera y perpendicular.

Guerrita, en su primero y segundo, estuvo mal, sobre todo en este último, pues estuvo muy descompuesto y tirándose á matar de lejos.

En cambio en su tercero estuvo superiorísimo, pues tras una faena corta y brillante, largó una estocada superior en lo alto del morrillo, que hizo innecesaria la puntilla. (Gran ovación.)

### Segundo día.

TOROS DEL EXCMO. SR. DUQUE DE VERAGUA

De muchas libras y poder, si se exceptúa el segundo, que era pequeño y sacudido de carnes.

Tomaron con voluntad 45 puyazos.

Picando, Pegote y Fuentes.

En banderillas, como el día anterior; nada de notable.

Rafael Molina, pasando bien de muleta á su primero y segundo, y magistralmente á su tercero.

A petición del público banderillaron este toro los matadores, colocando Lagartijo medio par de las cortas y dos monumentales de las ordinarias.

Guerrita medio también de las cortas y dos superiores de las largas.

(La gran ovación á los diestros.)

Coge los avíos Lagartijo, y después de una faena, como he dicho antes, magistral, se tira á matar en corto y por derecho y suelta un pinchazo. Coge otra vez el estoque y da un volapié superior. (Ovación inmensa, música, cigarros, etc., y un precioso regalo para Rafael.)

Guerrita, en su primero y tercero, pasando regular é hiriendo bien.

En su segundo, trasteando bien é hiriendo mejor.

### Tercer día.

TOROS DE MIURA

Bien criados y de mucho poder. En la suerte de varas creciéndose al hierro, y en la de banderillas defendiéndose y no dejando llegar.

Los picadores mal.

Los banderilleros idem, si se exceptúa al Ostión.

El quinto toro, al salir de una suerte de vara, acosó á Lagartijo, obligándolo de un extremo á otro del redondo, hasta que á su serenidad y mucha vista, se tiró de una cornada, echándose al suelo bajo el estribo en el preciso momento en que el toro daba el hachazo y saltaba al foso.

Pasando de muleta estuvo desconfiado y descompuesto, y tirándose á matar de lejos y cuarteando mucho.

Guerrita adornándose con la muleta y muy afortunado con el estoque.

### Cuarto día.

TOROS DE IBARRA

Fué, sin disputa alguna, la mejor corrida de las cuatro celebradas.

El ganado muy bien criado, de mucho poder, cierto en el herir y voluntarioso.

En el primer toro, al hacer un quite Juan Molina, tropieza con un caballo y es enganchado y arrojado al suelo por el toro.

Retirado por su pie á la enfermería, resultó que tenía una cornada de diez centímetros de longitud y dos de profundidad en la parte interior del muslo derecho.

Los picadores, con un miedo horrible para acercarse á los toros.

De los banderilleros, sobresalieron Antolin y Ostión. Lagartijo, en sus tres toros, estuvo aceptable.

Guerra, en dos, muy bueno, y en su último, notable.

En el quinto toro se armó un escándalo fenomenal.

Pedia el público que pareasen los matadores, y Guerrita, no obstante ser el toro de Rafael, y viendo que éste no quería coger los palos, se los quitó á Antolin. Entonces parte del público, que comprendió el perfecto derecho que de obrar así tenía Lagartijo y las intenciones del Guerra, propinó á éste formidable silba, hasta obligarle á dejar los palos.

El séptimo toro lo mató el Ostión como Dios le dió á entender y él acostumbró.

### RESUMEN GENERAL

Las corridas han resultado buenas; la última superior. Quedaron inutilizados siete picadores.

Nunca ha llegado LA LIDIA con más oportunidad á Bilbao, que el último número; pues el artículo de don José Sánchez de Neira, en el cual se ocupa del maestro Rafael, aconsejándole se retire del toreo, ha sido muy bien recibido por el público que ha asistido á las corridas de estos días, en las cuales se ha puesto de manifiesto la gran pérdida de facultades que ha tenido este matador, y lo acertado que obraría si se decidiera á retirarse del toreo, como hizo su compañero de arte y fatigas: el incomparable Frascuelo.

ANDRÉS L. DE LA PRESA (Apuros).

## ¿QUÉ AMIGOS TIENES, RAFAEL!



¡Pobre Rafael!

Tranquilícense los apasionados del Califa; no vayan á creer, leyendo la compasiva frase que antecede, que pesa sobre el maestro alguna desgracia.

Bastante desgracia tiene con sus amigos. Ellos, y sólo ellos son los que me obligan á repetir: ¡Pobre Rafael!

Nadie como él pudiera exclamar, parodiando á Voltaire: ¡Alah, Alah! ¡Líbrame de mis amigos, que para mis enemigos me basto yo!

Y, con efecto: ni su maravilloso capote, ni su privilegiada muleta, ni todo su arte excepcional, que tantas veces libráronle de sus cornudos adversarios, le han servido de defensa contra sus amigos, á quienes debería temer más que á Palhas ó Miuras.

Son los amigos (y entiéndase que me refiero solamente á algunos, á los perniciosos, pues en esto, como en todo, hay honrosas excepciones) una calamidad inherente á la celebridad.

Entre las infinitas variedades de amigos de este jaez, descuellan el amigo del matador de toros.

Recuerdo haber leído (creo que en un Almanaque de LA LIDIA) hace algunos años, un gracioso artículo del cheispante *Sentimientos*, en que pintaba, de mano maestra, á esos amigos que rodean á los diestros de cartel, explotándolos sin cesar bajo capa de pura, purísima amistad.

Pero, aparte del amigo gorrón, que tanto abunda alrededor de las celebridades taurómacas, existe otra especie no menos perniciosa: el amigo incondicional, entusiasta; el que pudiera escribir en su cédula personal: «Profesión: amigo de Fulano.»

El incondicional es el que acompaña á todas partes á su ídolo; el que pega en el café al infeliz que se atreva á poner en duda la infalibilidad taurina de su matador; es, en suma, el mayor enemigo que aquel posee, pues por algo se ha dicho que nada hay peor que los amigos indiscretos.

¡Cuántos calumniados cornúpetos, á quien los revisteros han calificado de ladrones y asesinos, por haber herido á algún torero de nota, se dirigirían á los amigos del diestro (si pudiesen volver en sí), para decirles aquello de:

¡Cuando Dios me llame á juicio, vosotro responderéis por mí!

Esto exclamarían ó mugirían indudablemente los toros que en Valencia, Santander y San Sebastián han pisoteado al egregio Califa.

Porque esos sacrilegos bichos no han sido más que meros instrumentos de los amigos de Rafael.

Y quien dijere lo contrario... escuche:

Alteráronse, á fines del pasado año, por motivos de que no quiero acordarme, las buenas relaciones que mantenían los dos Rafaeles de Córdoba.

Y hubo un osado revistero, de la ciudad del Cid, que se atrevió á llamar á Lagartijo, *figura decorativa*.

Y los amigos del abuelo se indignaron, y, arrancándose, alcanzaron á Rafael, produciéndole una herida *dislacerante* en su amor propio, de pronóstico muy reservado.

Y fué Rafael, ya herido, y se arrancó á su vez (sin pasar atrás) con una carta, *retando* á todos los toreros de la cristiandad é islas adyacentes.

¡Primera estación!

Llegó la presente temporada, enfriáronse aún más las amistades entre los cordobeses y los amigos; los incondicionales, anunciaron *ubi est ibi*, que el viejo se iba á court-crudo al joven en el primer reloncel que juntos pisen.

Anuncióse la corrida de Benicentia; y los lagartijillos aprovecharon la ocasión, anunciando unas *eslabes matallas conmemorativas*, que recordaran las generaciones venideras ¡que el desdichado maestro como el segundo cabeza ante un Miura!

¡Segunda estación!

Y llegaron las corridas de Valencia. Y arrancaron al resto los desdichados amigos. El resultado ya se vio: el talto Rafael de facultades ejercidas no intempestivos oídos y palmas, quiso hacer la *caída* *ya no me va*, que grave peligro de su persona, y fué atribuido al talto, arrancado sólo su buena fortuna de una *caída*.

No se contentaron con eso sus indios, y tira la herida física, prójimanse al cordobés una morriña del ridículo, con aquello de la *caída* *ya no me va*, que ya conocieron por *Teoría*, en el artículo LA LIDIA.

¡Tercera estación!

¿A qué continuar? Después de Valencia, como Santander, y luego San Sebastián, y en esas Plazas se ha evidenciado que los amigos del célebre matador han logrado lo que nadie lograra hasta ahora: hacer que Rafael pierda completamente la cabeza y se lance á sostener competencias *imposibles*.

Véase, pues, si tuve razón al empezar estas líneas exclamando: ¡Pobre Rafael!

Después de todo, cabe disculpar á sus amigos, pues tal vez les suceda lo que á aquel gaditano del cuento:

Hubo una vez un gaditano que, saliendo de su ciudad natal, se dirigía á... cualquier parte. Y dicen las crónicas que tuvo la ocurrencia de detener á todo el que encontrara en su camino, diciéndole: *¡Compare! ¿Sabe usted que es Surtán e Marrueco ha yegao á Cádiz?* Y al responderle que lo ignoraban, añadía: *¡Pus ardesse osté, hombre, si quie guiparlo, que no lo vasté á arcansid!*

Y, con efecto: cuantos oían la noticia, salían desalados á ver al Sultán.

Y tanto lo dijo mi hombre, que llegó á convencerse á sí mismo de la verdad de su propio embuste, y diciendo: *¡Maresita mía! ¡Si fuera verdad!* volvióse á todo correr á Cádiz para no perder el espectáculo.

Algo análogo les sucede á los lagartijistas. Á fuerza de hablar de la *inmortalidad* del abuelo, llegan á creer en ella; figúransele joven y potente, como en los buenos tiempos de su gloriosa carrera, y exclamando como el gaditano del cuento *¡si fuera verdad!*, corren á la Plaza y... no hay tal Sultán de Marruecos, ni tal Califa de Córdoba.

JUAN MATÍAS (El barbero).

Agosto—1891

Imp. y Lit. de J. Palacios.—Azenal, 27.

Teléfono 133.

(1) Con verdadero placer insertamos el resumen de las corridas de Bilbao, con que nos ha favorecido el inteligente aficionado D. Andrés L. de la Presa, ya conocido por su imparcialidad y competencia.